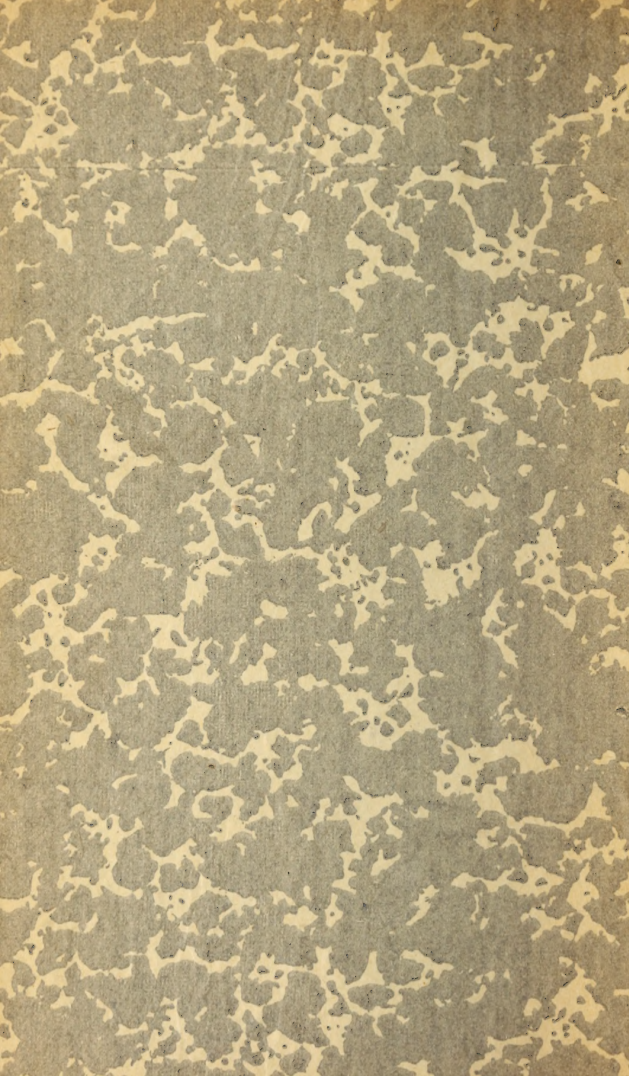



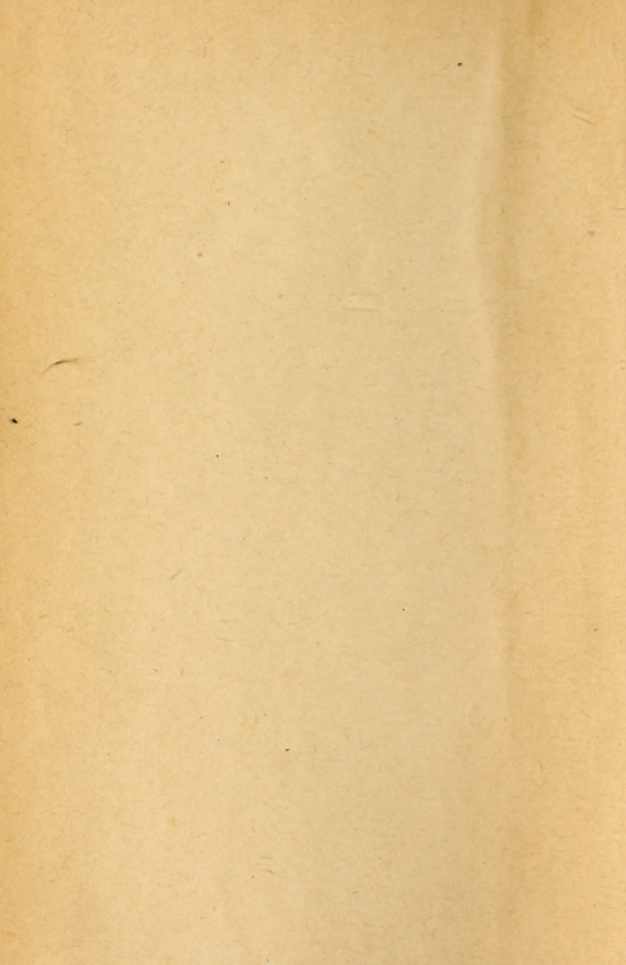
3 1761 09545305 6







Digitized by the Internet Archive
in 2013



LOS TOREROS
DE INVIERNO

Es propiedad.
Queda hecho el depó-
sito que marca la Ley.

Imp. de V. Rico,-Paseo del Prado, 30.-MADRID

LS
H8687t

ANTONIO DE HOYOS
Y VINENT

LOS TOREROS
DE INVIERNO

NOVELA



181095.
S. 6. 23.

BIBLIOTECA HISPANIA
CID, 4.—MADRID

PRÓLOGO

Porque hice «Sangre y Arena», el amigo Hoyos me pide un prólogo para «Los toreros de invierno».

Ignora mi compañero de letras que yo, que escribí la novela del toreo, gusto muy poco de las corridas de toros y de las gentes que en ellas intervienen. No soy enemigo de la llamada fiesta nacional por considerarla sanguinaria. Otros pueblos buscan su recreo en diversiones más bárbaras y mortales. El animal humano necesita de vez en cuando despojarse de las vestiduras que le ha puesto encima la civilización. Quiere volver a sus orígenes dándose un baño de sangre y bestialidad, y es inútil oponerse a esta regresión atávica.

Si me gustan poco las corridas de toros es porque las encuentro aburridísimas, de una monotonía aplastante. Cuando, de tarde en tarde, voy a la plaza para acompañar a un

extranjero, celebro el espectáculo policromo y agitado del graderío, la teatral salida de la cuadrilla y los lances del primer toro. El segundo me divierte menos, el tercero me hace bostezar, y cuando sale el cuarto, saco un periódico o un libro que a prevención he traído en un bolsillo. Tengo la sospecha de que a la mitad del público le ocurre lo mismo. No hay más que ver la cara estúpida, el paso desalentado, la risa forzada de muchos espectadores cuando salen de la plaza.

La alegría de las corridas de toros es un prejuicio nacional. Nos enseñaron de pequeños que son muy divertidas, y lo repetimos como una verdad indiscutible, para que lo repitan luego nuestros hijos. Ningún español ha podido formarse un concepto propio y racional de esta fiesta. Muy pocos recuerdan cuándo vieron la primera corrida. Nos llevan a los toros muchas veces antes de saber hablar. Luego, la parodia de esta diversión constituye uno de nuestros juegos infantiles. Total: que cuando empezamos a darnos cuenta de lo que nos rodea y a querer explicarnos sus causas y virtudes, el respeto al circo taurino y la fe en sus delicias, están ya anclados en nosotros, como algo anterior que escapa a todo razonamiento y toda crítica.

He pasado una parte considerable de mi

vida asistiendo a corridas de toros y aburriéndome. Alguna vez (muy de tarde en tarde) la monótona fiesta se ha hecho trágica, y mi aburrimiento se ha trocado en cólera al ver la hipocresía del público. «¡Pobre muchacho!». gemían los espectadores a la salida, lamentando la mala suerte del esbelto gañán, vestido de seda y oro, que había rodado por la arena, llevándose al vientre las manos ensangrentadas para contener el escape de su bandullo.

Y los mismos que emitían estos lamentos de plañidera, gritaban horas antes contra la víctima, porque el instinto de la conservación le impulsaba a defenderse, dudando con lenguaje grosero de su integridad masculina, haciendo suposiciones injuriosas sobre la honradez de su desconocida madre.

* * *

En España—donde varias docenas de escandalosas mentiras forman la base del credo nacional—, algunos fabricantes de frases han llamado a la fiesta de los toros «la fiesta del valor» y «la escuela del valor».

¿El valor de quién...?

Yo no he visto nunca en el redondel más que un valiente: el toro.

Siento por este animal una gran admira-

ción artística. Es la imagen elegante y majestuosa de la fuerza. Su aplomo y altivez recuerdan al patricio romano, conquistador del mundo. Otros animales son más esbeltos y vistosos, pero él tiene la gracia recogida y vigorosa de las bestias que casi ha suprimido el cuello, la parte más frágil de todo organismo. Su cabeza forma una masa con el cuerpo, como en el elefante, como en los peces veloces, como en todos los animales-arietes. Una injusticia de la opinión vulgar, repetida durante siglos, le proporciona la aureola simpática de los grandes calumniados. Las gentes, no viendo más que sus cuernos, le convierten en símbolo de los hombres pacientes y engañados. Y mientras tanto, él, en el silencio de las dehesas, se bate por amor, a cornada limpia, horas y horas, con fiera tenacidad, terminando su pelea únicamente cuando intervienen pastores y cabestros, o cuando muere.

Este es el único valiente que existe en el redondel. Ataca derecho, como los héroes, y de engaño en engaño, la malicia humana le va arrancando las fuerzas, la sangre, los pedazos de cuero, hasta que, hecho un guiñapo, sudando escarlata, con el hocico en la arena y las piernas vacilantes, se atreve el hombre a acercarse por primera vez a su testuz, con-toneando las caderas y echándolas de majó.

Después de este pobre héroe, impulsivo y engañado, existen varios semivalentes: los toreros.

Yo sólo creo a medias en el valor de los actores del redondel. Es un valor convencional, incompleto, frágil, producto de la afición, del hambre, del deseo de disfrutar las comodidades de la riqueza, del ansia de gloria que sienten los iletrados con más vehemencia que los cultos. La prueba de lo quebradizo e inconstante de este valor, es lo poco que dura. Cincuenta mil duros en el Banco, o simplemente el sabor de la primera cornada, convierten al antiguo suicida en un conejo pronto a la fuga. Además, por regla general, el héroe que desafía a los cuernos se siente menos inclinado a desafiar a los hombres. Su coraje necesita el redondel, el aplauso, las trampas y engaños del oficio. En este país de guerras y corridas de toros, no conozco un torero que haya sido célebre por sus hazañas bélicas. Convertido en soldado, estoy seguro de que no irá más allá del albañil, del mozo de campo o del oficinista, y aun tal vez se quede detrás de ellos, por la costumbre profesional «de hurtar el cuerpo...»

Detrás de estos medio valientes está el inmenso y cobarde público, el canalla de catorce mil cabezas que, en las horas de la tarde

dedicadas a la digestión, celebra la agonía de la más noble de las bestias, pide a gritos nuevos caballos para contemplar sus chorizos colgantes, que expelen sangre oscura y boñigas sueltas, e insulta a los hombres que instintivamente huyen de la muerte, mientras paladea la villana y cruel voluptuosidad de contemplar el peligro desde un lugar seguro.

¡La escuela del valor...! «Ver los toros desde la barrera» es una frase corriente que significa astucia, inercia, egoísmo, explotación del esfuerzo ajeno, y que muchos admiran como un resumen de la sabiduría.

Tal vez nuestros mayores males y defectos provienen de esta fiesta de cobardía colectiva que se titula «escuela del valor», de que nos acostumbran de niños a ver los peligros ajenos desde un lugar seguro, dándonos además el derecho de criticar, con aire de héroes, lo que no osaríamos hacer nunca por puro miedo.

En la vida española todos quieren estar en las gradas, por ser lo más cómodo, lo menos peligroso, lo que permite el libre ejercicio de la maledicencia y de la crítica. Sólo los ilusos y los desesperados bajan al redondel.

Cuando surge un conflicto internacional, la muchedumbre grita con entusiasmo: «¡Viva

la guerra...!» Pero que vayan los otros. Cuando se cansa de un régimen, se pregunta: «¿Cuándo vendrá la revolución...?» Pero que la hagan los otros. Todos contemplan, esperan y juzgan desde la barrera; pocos bajan y se mueven.

En los juicios y simpatías nacionales vibra el mismo capricho inestable, la misma falta de fijeza y de lógica, que conmueven con ráfagas de locura al público del circo. El aplaudido de ayer es silbado hoy y será glorificado mañana, sin que sus actos sean diferentes; los entusiasmos se distribuyen con una equidad de mujer histérica; los peones de mala suerte dan todos sus esfuerzos sin llamar la atención; los embusteros graciosos arrancan con un falso gesto granizadas de aplausos y hacen contraerse a las masas con epiléptico entusiasmo: los hombres inspiran más fanatismo que los hechos; media plaza cambia insultos con la otra media, mirando cada cual a su héroe que está en el redondel y creyéndolo superior al de los otros, cuando todos ellos se entienden y profesan a sus adoradores un desprecio común; el más humilde mirón se cree capaz de hacer las cosas mejor que el que está abajo, pero no desciende al terreno, y sigue en su asiento seguro, para poder continuar dando consejos.

¡Oh, diversión taurina, imagen de un pueblo falto de tenacidad, amigo del quietismo, de las comodidades y de la crítica, que gusta de las emociones que proporciona la lidia de los toros..., pero toreándolos otros, y no quiere abandonar por un momento el seguro de la barrera...!

Recuerdo la súbita revelación que tuve hace años de la pequeñez heroica de esta fiesta. Vino a visitarme en Madrid un profesor de una Universidad célebre de los Estados Unidos, y lo llevé, como es de rigor, a presenciar una corrida.

Este hombre de ciencia es a la vez un hombre de acción, un Roosevelt de la Cátedra, jinete, boxeador, aficionado a las cacerías peligrosas y a las exploraciones de países misteriosos. Presenció atento todos los incidentes de la corrida, frunciendo las cejas rubias sobre sus lentes de miope. De vez en cuando dejaba caer una palabra de aprobación: «¡Muy bien...!» «¡Verdaderamente interesante...!» Pero se adivinaba que una idea nueva le roía el interior de la frente.

A la salida habló:

—Muy interesante la fiesta, pero algo monótona... ¿No sería mejor soltar los seis toros de una vez, para torearlos al mismo tiempo...? El espectáculo resultaría más corto, pero ¡qué

emocionante! ¡Cómo podrían esos mozos lucir su valor...!

Admiré al «yanke» como un gran sabio. Había dado forma concreta a la vaga causa que me ha hecho aburrirme en las corridas desde que era niño. ¡Los seis toros de una vez...!

Cuando las corridas sean así, volveré a la plaza. Y asistiré todavía con más puntualidad si me garantizan que los seis toros saltarán la barrera, metiendo sus cuernos tendido arriba. Yo soy un mal alumno de la «escuela del valor», llevo años faltando a sus clases, y puedo huir sin vergüenza alguna. Pero me gustaría ver cómo los millares de estudiantes que asisten fervorosamente a cátedra todos los domingos han aprovechado las enseñanzas heroicas aprendidas en el duro asiento del graderío, rumiando cacahuets y llamando «hijos de pulga» a los catedráticos.

* * *

Pero hablemos del autor de «Los toreros de invierno».

Yo admiro a Antonio de Hoyos por sus condiciones personales, además de apreciarle como uno de los novelistas españoles de más originalidad y más «europeos».

Nacido en una clase social que llaman ele-

vada, porque sus individuos gozan de todas las comodidades de la riqueza, ha querido ser escritor, artista de la pluma y liberal de ideas (lo mismo que un pobre muchacho de provincias), cuando podía haber figurado en los clubs aristocráticos, ser un oráculo de las gentes moderadas y bien pensantes, y recibir honores de genio en cualquiera cofradía literaria de San Luis Gonzaga.

Esto representa algo en España, donde la aristocracia no ofrece numerosos ejemplos de vocación artística, ni existe esa rebeldía, original y simpática, que en Rusia, Austria y otros países impulsa a príncipes y duques a abandonar su rango para hacerse revolucionarios y bohemios.

Muchos nobles españoles son excelentes anticuarios, autores de sesudas monografías, recopiladores de documentos históricos, poetas de aliento frío y corto, académicos solemnes y decorativos; pero artistas en toda la extensión de la palabra, escritores dignos del título de profesionales, yo sólo conozco en la aristocracia moderna con quien parangonar al novelista Hoyos, al romántico y magnífico duque de Rivas.

Con gran simpatía he seguido los entusiasmos y la producción literaria de este compañero, que tiene que luchar con el ambiente

natal, desfavorable e ingrato. Conozco la juventud aristócrata española, aislada y en grupo; vivaracha y coleante en el medio favorable de Madrid, suelta y desorientada en París y en las ciudades americanas de habla española.

Una rica y elegante heredera de la América del Sur, solicitada por pretendientes de todos los países, como las princesas de los cuentos, me resumió una vez en pocas palabras sus vicios y virtudes:

—Los nobles españoles, ¡qué simpáticos...!
¡Tan caballeros y tan tontitos...!

Simpáticos, caballeros y tontitos, sobreviven y se perpetúan, sin perder nada de estas condiciones buenas y malas, como ejemplares irreformables de una decorativa inutilidad. En otros países, los aristócratas figuran en las Universidades o intervienen en los Gobiernos. Si la democracia los barre de los Parlamentos, se refugian en el Ejército y en la Marina. Para remediar su creciente pobreza, explotan el nombre dedicándose a la industria. En algunas naciones hasta se venden a la mejor postora transatlántica, llevando a su Patria los millones de la cónyuge.

Esta última industria, por ser la más fácil y rápida, ha traído recientemente la actividad de los de España. Yo los he visto con

una corona en la corbata y dos coronas en los puños, tomar posturas interesantes en los salones de París, en los hoteles de la Costa Azul y la Costa de Plata, en las cubiertas de los grandes transatlánticos, en Buenos Aires y otras ciudades ultramarinas.

Ni para esto sirven. Sus competidores italianos y franceses saben inspirar mayor interés: leen, son comediantes, más finos, no tienen la rudeza de gustos, el lenguaje plebeyo y el habla bronca, que es apreciada como una originalidad entre ciertas damas de Madrid. Por regla general, la más bruta y cerril de las señoritas americanas, educada en la estancia a toda libertad, sabe siempre más que ellos en un año de vida europea, y ha leído más que ellos. Cuando, de tarde en tarde, el «caballerito tontito» llega a descolgar una heredera del otro mundo, por cierta simpatía tradicional de idioma y de sangre, le dejan aparte dentro de la familia, como si fuese un mueble frágil y decorativo, no maneja nada, y el suegro o la suegra le señalan una pensión.

De esta juventud inútil y pundonorosa, que desprecia el libro como entretenimiento plebeyo, ha surgido Hoyos. En ese ambiente de frivolidad y pobreza mental ha escrito y sigue escribiendo sus novelas, que dan justa

fama a su nombre. Lo que representó en sus albores literarios un medio desfavorable, capaz de ahogar sus nacientes facultades, le sirve ahora como elemento valioso para su producción novelesca. Hoyos conoce bien su mundo. Cuando en sus relatos hace intervenir personajes de alta clase social, los diseña con la rapidez, la sobriedad y la firmeza de un pintor que se sabe de memoria el modelo.

Podría citar varias novelas de Hoyos, de ambiente aristocrático, entre las muchas que constituyen su obra, ya enorme, a pesar de que aún se halla en la segunda juventud.

En esas novelas, los personajes están pintados con ligereza y abandono, como si fuesen bocetos, y, sin embargo, son seres de vigoroso relieve, seres vivientes. Una larga convivencia de los modelos con el autor, ha dado a éste la maestría sobria que permite resucitar un tipo con sólo escoger los dos o tres detalles decisivos que fijan su fisonomía, diferenciándola de las demás.

«Los toreros de invierno» es una novela popular, o más bien dicho, populachera, pues sus personajes pertenecen al populacho vil que vive a la sombra de la fiesta de los toros. Sólo un tipo aristocrático desciende a este bajo fondo de colmados y capeas: la Duque-

sa, de rostro marchito y sexo incandescente. ¡Qué habilidad la de Hoyos, al trazar este personaje!.. Se adivina que conoce de cerca a la tal dama; que ha sido de su intimidad; que ha formado parte del grupo guasón y chulescamente libertino que la acompaña en sus excursiones nocturnas, y se fisga de sus arrebatos de ogresa, de sus exasperaciones vulvares ante la carne de chivo joven, del gitano aprendiz de torero.

Unas cuantas líneas le bastan para plantar sobre la página a la Duquesa. Y yo la veo como un sér viviente, como si la conociese lo mismo que Hoyos, con ese relieve inexplicable que no obedece a reglas, y es el hallazgo del novelista en sus horas felices.

* * *

Mi segundo motivo de admiración es que este artista literario, nacido en un ambiente desfavorable, y que ha sabido vencer sus letales influencias, puede reproducir el mundo exterior de una manera tan justa, estando afligido como está por un terrible defecto físico.

El lector no ignora seguramente que Hoyos y Vinent es sordo, pero absolutamente sordo. El más enorme estrépito exterior no obtiene eco en su sistema nervioso; las ondas

sonoras se detienen en su oreja como ante una puerta cerrada; los amigos tienen que valerse, para hablarle, de un alfabeto, expresado con las manos.

Y, sin embargo, este sordo reproduce en sus libros las conversaciones de los otros seres, el modo especialísimo de expresar cada uno su pensamiento, como lo puede hacer el escritor más sutil, valiéndose de sus observaciones auriculares.

Se comprende un músico sordo; ejemplo: Beethoven. El músico se oye a sí mismo; lo que pone sobre la pauta no viene del mundo exterior; lo lleva él dentro; y al crearlo, no lo escucha con sus orejas materiales, sino con los oídos de su alma. Tal vez la sordera, aislándole de los sonidos de la vida vulgar, con una cortina espesa y obscura, concentra su pensamiento haciéndolo descender hasta las últimas capas del espíritu con la tenacidad irresistible de los solitarios.

Se explica aún con más facilidad un pintor sordo; ejemplo: Goya. La misma sordera hace que toda la energía intelectual se concentre en los ojos, para ver mejor que los demás hombres la envoltura exterior y el alma de cosas y personas.

Se puede ser un poeta siendo sordo. Es una situación semejante a la del músico, pues el

poeta se escucha a sí mismo, y todo lo que deposita en el molde de la rima proviene de su vida interna.

Pero ser novelista, y carecer de oídos, representa un prodigio de voluntad, de instinto, de adivinación, que no puedo explicarme.

Si yo, por ejemplo, quedase de pronto con las orejas muertas, aislado del mundo exterior, y sin otro puente que el de los ojos, para establecer un contacto con la vida general, podría seguir escribiendo novelas «interiores», novelas psicológicas, en las cuales estudiaría mis propios estados de alma, aplicándolos a los personajes. ¿Pero cómo imitar el modo de expresarse de éstos? ¿Cómo reproducir el lenguaje de cada uno, que es las más de las veces el modo más seguro y justo de fijar su personalidad?...

El novelista no describe solamente el interior y el exterior de las personas. Emplea el diálogo, y para esto como para las descripciones, necesita inspirarse en el natural, oír a las gentes, observar con las orejas, así como observa con los ojos para fijar el alma de las cosas.

Yo, afligido de sordera, aún podría explotar mi depósito de recuerdos, valerme de las observaciones de la época en que alcanzaba a oír. Pero Hoyos, según creo, perdió el oído en

sus primeros años, ¿qué poder de «inducción» le permitió adivinar cómo hablan unos seres, de los cuales sólo distingue las contracciones de los labios y los movimientos de las manos?...

Precisamente este novelista sordo, que debía ser incompleto, flaqueando al llegar al diálogo, hace hablar a veces a sus personajes con una naturalidad tan espontánea, tan directa, que parece la de una conversación tomada por un taquígrafo.

Vea el lector en la novela que va a continuación el diálogo triste y desesperado de la meretriz enferma y el torero hambriento en torno de los restos de una cena de colmado. Así se habla en la vida; esos personajes es imposible que hablen de otro modo.

¿Cómo puede Hoyos, desde su profunda noche auricular, sin más auxilio que el de su vista, teniendo que pedir a sus interlocutores y amigos que le escriban las preguntas en un papel; cómo puede, repito, adivinar y reproducir estas manifestaciones de la vida hablada, que pasan entre sus oídos muertos, sin despertar eco alguno?...

Confieso que no me lo explico. Y por esto siento admiración y asombro, como ante todas las cosas que no se comprenden.

Hoyos, a semejanza de todos los que viven sumidos en un silencio exterior, es aficionado a los relatos tremebundos, a los personajes perversos, a las escenas horrosas.

Esto se comprende. Los grandes miedos se pasan de noche, en casas cerradas, en la profunda quietud que exagera como galopes los trotecillos de las ratas y como cañonazos los estallidos de los muebles secos. A nadie se le ocurre evocar fantasmas a la hora de medio día en una playa veraniega del Mediterráneo, radiante de sol, estremecida por el arrullo de las olas.

Sin embargo, este sordo ilustre escapa a la regla general, pues no es taciturno y malhumorado, como debería serlo a causa de su defecto físico. Beethoven y Goya bien sabe el lector que fueron personajes tan irresistibles por su mal carácter como admirables por su genio.

El ver a los allegados que hablan, sin poder comprender lo que hablan, crea la desconfianza, la sospecha injusta, la irritabilidad nerviosa.

El ciego casi siempre es alegre, optimista y confiado, porque oye la música de las palabras y no ve los gestos que las acompañan. El sordo ve los gestos (lo peor) y no percibe la armonía, entregándose en su desorien-

tación a las más pesimistas suposiciones.

Hoyos es bondadoso, y jamás se le ocurre suponer ninguna mala intención en los gestos mudos que contempla. Es verdad que para él no son mudos, pues su inducción maravillosa de novelista le permite adivinar casi siempre lo que dicen. Su voz dulce sufre eclipses, y entonces se hace ronca y gutural. Es la voz de un hombre que no puede escucharse, de un músico que hace sonar su instrumento sin poder vigilar la justeza de los sonidos.

¡Compañero simpático y digno de tierna lástima...! Sus condiciones de novelista son sobresalientes; su laboriosidad, infatigable; la fortuna de su nacimiento le libró de las preocupaciones materiales de la existencia. Es buen mozo, fuerte, con una elegancia natural: una elegancia para llevar el traje antiguo, para vestir ropas sueltas de armoniosos pliegues. Y todo esto lo aminora, lo desfigura, lo empaña un defecto que levanta entre él y el resto del mundo una muralla de hielo infranqueable.

Declaro mi admiración entusiasta por este compañero de letras, que, aprisionado injustamente en la lóbrega torre del silencio, se remonta con frecuencia a su cima, deja caer sobre el mundo un libro hermoso, y vuelve a

desplomarse en la noche callada de su desgracia: una noche que durará siempre, que no puede tener aurora, y que él puebla con las ricas visiones de su producción artística admirable.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

París, Septiembre 1917.

I

Una, dos, tres, cuatro, cinco...

Le quitaron el plato y mientras los demás defendían las aceitunas, más por el temor a quedarse sin ellas que por el de verle atragantarse, reía a carcajadas.

—¡Qué bárbaro!

Redobló las risotadas, broncas, sonoras, rudas. Había ido tragándose las sin mascar, con hueso y todo. Presumía de bruto; de comer mucho, de beber mucho, de dormir mucho, de tratar a las hembras con una bestialidad de fauno, y de po-

der más que nadie en los juegos de fuerza.

—¡Lo mismo me como ciento!

—¡Si a bruto no hay quien te pueda!—afirmó doctoral el *Pontífice*.

Volvió a salir a relucir la historia de los seis *beefsteaks* devorados de una sentada, y la del botijo roto con la cabeza y lo del toro muerto a puñetazos. Todas aquellas hazañas de Hércules callejero entretenían en la taberna y entre las Thais de encrucijada su fama, la fama adquirida en día de gloria, allá en los albores de su adolescencia, y que había ido quedándose en jirones en las plazas pueblerinas, entre gritos, silbidos, broncas, avisos y retiradas al corral.

Pero allí estaba Costanilla que,

por lo menos en lo de la bebida, no se dejaba achicar.

—¡Pues lo que es en beber no me echa la pata nadie!—y para demostrar la verdad de lo que decía echóse al colete un cuartillo de vino y volvió a llenar el vaso.

En contraposición con la apostura llena de tosca elegancia de Fidel Airolas, el *Recortaito*, Costanilla era un tipo innoble, de corta estatura, anchos hombros, facciones juanetudas y ojos abotargados. Sucio, los dientes negros, el rostro afeitado de cinco días, la gorra encasquetada, y un pañuelo de dudosisima limpieza en vez de cuello, era de aspecto poco simpático. Realmente de torero no tenía nada, pues todas sus taurinas empresas redu-

ciáanse a *haber salido* de banderillero en algunas plazas de villorrio llevado por el *Pontífice* o por *Recortáito*.

—¡Bah! La carne es siempre mejor que el vino—aseguró el *Pontífice* que invariablemente tenía una máxima o un pensamiento profundo que poner como remate a las afirmaciones de los demás.—¡La carne y siempre la carne; los filetes y las mujeres!

El *Negro* empinó las orejas. ¡Aquello ya entraba en jurisdicciones! Era un chulo muy moreno, de ojos negrísimos de árabe y dientes muy blancos. Tenía movimientos inquietos, rápidos, llenos de viveza en que había una armonía inconsciente de felino elegante. Era tore-

ro porque aquello le gustaba a las hembras de trapío y porque siendo torero se vivía sin trabajar y su indolencia moruna prefería una hora de jugarse la vida a trescientos sesenta y cinco días de fatigas.

El *Pontífice* hizo el resumen como si dijésemos.

—Vamos que lo mejor de la vida...

—¡El vino!

—¡Las cosas de comer!

—¡Las *gachís*!

—¡Los toros!

Era Gabriel, el *Gitanillo*, el que hacía ahora la orgullosa aseveración, el que, en medio del concierto de prosas, ponía la nota heroica de su amor a la fiesta bárbara, sanguiñaria y luminosa.

Como si se tratase de una ofensa

personal, y herido quizás en cierto secreto e inconfesado dolor de fracaso, Costanilla se alzó iracundo.

—*¡Amos*, tú, que no seas fantástico!... Aquí lo que hay es que más *cornás* da el hambre, porque lo que es si no en cuantito viese uno un cuerno delante, aunque fuese de su señor padre, no paraba uno de correr hasta su casa.

Pero el chaval se crecía. Lleno de coraje afirmó:

—Eso lo harás tú, que lo que es yo... ¡Aunque tuviese los miles a espaldas sería torero!... ¡Los toros! —siguió el chiquillo— ¡los toros son la gloria, lo mejor del mundo!

Hablaba con entusiasmo pueril de joven héroe enamorado del peligro, y toda su figura airosa de gitano

adolescente parecía incendiarse en la llamarada de locura gloriosa.

Era un chiquillo, alto, espigado, de cuerpo fino, lleno de una innata elegancia de cachorro, ágil y fuerte. Tenía unos ojos muy grandes, muy negros y muy tristes, boca roja y sensual, pero con un extraño sello de energía, y un pelo negrísimo, duro y espeso.

En la discusión entre el cinismo grosero del chulo y su entusiasmo lleno de acometividad, todas las simpatías estaban con él, sobre todo por parte de las hembras. Justamente en aquel momento acababan de arribar allí, vacantes de sus nobles quehaceres nocherniegos, y ponían el prestigio de su presencia en la reunión, la Flora y la Agamenona,

más vistosa y de más postín la primera, con su rico cachemira, sus peinetas de vídrios y sus botas de charol con empeine de gamuza, que iban muy bien con sus formas pro-caces y sus movimientos revolucio-nadores, y más modesta la segunda en el mantón inglés y los zapatos de becerro; que se adaptaban a mara-villa a su tipo insignificante de *po-bre chica*.

Eran las dos de la mañana y la taberna rebosaba gente. Verdad es que el público que frecuentaba «La Afición» era del que hace de la noche día y coincide en sus horas de trabajo con las de la madrugada. Por eso mientras en la tienda dedi-cada a los extraños aún se notaban algunos claros, en la trastienda, de-

corada con carteles de toros, donde se reunían *los de la casa*, el lleno era completo, *Aficionados*, chulos, maletas, futuros héroes, taifas, damas de honor fácil, alcahuetas, aventureros, agitábanse, gritaban y reían en una atmósfera densísima ahogada de humo, de vahos de cocina y de olores de humanidad.

La conversación habíase hecho general. Don Baldomero Pizarroso, un buen aficionado a quien todos respetaban como una lumbrera en cuestiones taurinas, daba cuerda a Gabriel, y los demás, muy divertidos de los entusiasmos del crío, formaban corro, mientras el *Negro* aprovechaba la natural confusión para *parchear* a sus anchas a la Agame nona que, sea dicho en honor de la

verdad, no lo tomaba muy a mal.

A su vez, Cipriano había cogido aparte a la Flora y la conminaba a guardar una fidelidad muy lejana del criterio moral de la generosa criatura.

—¡Te digo que no vuelves a hablarle, porque no me da a mí la pajolera gana!—fulminó el galán.

—¡*Amos*, hijo, que no te da a ti poco *supito!*... Le estaba dando un *recao!*...

—¡Que no hay *recaos!*—interrumpió airado. Luego ordenó:—Ahora por el momento te estás aquí...

—¡Que tengo que hacer, *amos!*

—¡Pues lo dejas *pa* en lloviendo!

—¡*Miá* tú éste! ¡Ni que me tuvieses *suuencioná!* Hijo si *quiés* vírgenes vas a las *usulinas*, y si no me

aseguras la *mantención*... ¡Pues me gusta!, ni que yo fuese santa Inocencia bendita y tú el ¡tío del drama!—rió ella procaz.

El *Recortaiño* la cogió los puños, y apretándolos con rabia la escupió el rostro:

—¡Perdida! —luego amenazador: —Te digo que no hablas más con Manuel, que no, y que no... El día que yo os coja, a él lo llevan al cementerio y a mí a presidio.—Y estrechó las muñecas de la bella hasta hacer crujir los huesos.

Chilló ella:

—¡Ay! ¡burro, bestia, animal!
¡que me haces daño!

Nadie prestaba atención a la pelotera. Por la entreabierta puerta del pasillo de los reservados acababan

de pasar con grandes extremos de misterio, con uno de esos ruidosos misterios que parecen hechos para que un indiscreto levante la punta del velo, tres mujeres y dos hombres. Era una pandilla ruidosa que más que de gentes que buscan pasar desapercibidas parecía formada por gentes deseosas de escandalizar. A la débil claridad de las bombillas eléctricas, que dejaban el pasillo en suave semipenumbra, habíanse adivinado más que visto formas femeniles envueltas en capuchones de seda, escoltadas por caballeros de irreprochable pelaje; y habían llegado hasta allí risas en sordina y un sutil aroma de delicados perfumes.

Todos reconocieron a los incógni-

tos. Eran seguramente la grandísima loca de Clotilde Simancas, Julito Calabrés y Gregorito Alsina, que corrían aventuras equívocas de las que hicieronles famosos. En cuanto a las otras dos encapuchadas serían cómicas o *divettes* de postín, o alguna extranjera loca que quería conocer España *por dentro*, o bien, quizás, damas del gran mundo que, después de horrorizarse de los desatinos de *aquella gente*, lanzábanse con ellos a los azares de una escapatoria nocturna.

Reanudáronse las conversaciones en la taberna, pero ya sin el entusiasmo que caldeara antes la atmósfera. Una inquietud, un extraño malestar, anunciaba que la hora de respiro en que todas vivían su vida

verdad había acabado y que iba a empezar la comedia, y cada uno de ellos parecía esperar su llamada a escena.

Al fin apareció el mozo, y acercándose al grupo, habló al *Pontífice* al oído. Encaróse él con sus amigos:

—Señores, doña Caramacuca y don Torricaco que si queréis unas copas de Agustín Blázquez.

Rieron todos los extraños apodos conque había bautizado a los misteriosos anfitriones. Reían siempre cuanto él decía, bastándole con abrir la boca y enarcar las cejas para levantar una explosión de júbilo.

Tenía el *Pontífice* un gran prestigio entre aquellas gentes. Él también gozó de una hora de apoteo-

sis cuando después de varios años de miserias horrorosas y angustias sin fin, desesperado, loco, se halló en medio de una plaza vistiendo el traje de luces. Entonces, en la secreta balanza en que todos medimos nuestros hechos, puso de un lado la muerte y del otro el hambre, el frío, el desprecio, las humillaciones, y sintió que la vida era lo que valía menos. Fué héroe; el público asombrado contempló una faena portentosa, única, en que, en cada pase los pitones arrancaban algunos alamares de la chaquetilla. Electrizados, locos, los espectadores lleváronle en triunfo; los periódicos publicaron su retrato y las del areópago taurino le brindaron amistad. Pero a la tibia caricia del sol de

la gloria sintió que la vida valía la pena otra vez, que había cosas buenas que comer y buenas mujeres que amar y cigarros espléndidos que fumarse. Y su valor, hecho de hielo, se fundió. Dejó de arrimarse; un coro de incondicionales impidieron que los gritos de la calle llegasen hasta él; a cada fracaso buscaban causas ajenas, fatales, invencibles—el toro estaba resabiado... era manso... el aire... la torpeza de los picadores... —a cada pita anunciábanle la victoria para la próxima vez, achacaban al público injustos desvíos... Y en las capuanas delicias que para él eran la brisca, la taberna, los pitillos de cuarenta y cinco y las hembras no mucho más caras, se adormeció para no despertar más.

El *Pontífice* insistía:

—¿Vamos?

Discutieron acaloradamente. Costanilla, ante la perspectiva del vino en abundancia y el *Negro*, con las esperanzas de encontrar *unas tías hasta allá* con quienes ejercer sus artes, querían ir. El *Recortaíto*, loco de celos por culpa de la Flora, que con sus coqueterías le traía a mal traer, oponía una resistencia pasiva de animal salvaje cazado con lazo, y disimulaba su cortedad tras un charrón de groserías. De pronto, dominando el horrísono, alzóse la voz del *Gitanillo*:

—¡Yo no voy!—afirmó rotundamente.

El *Pontífice* quiso imponer su autoridad:

—¡A ver si puede ser que te calles, niño! ¡Tú iras donde te lleven!

Pero el rapaz insistía enérgico:

—Que no, y que no.

—Pero, vamos a ver, ¿por qué?—
interrogó el otro, transigiendo a discutir con el mocososo.

—¡Porque yo lo que quiero son toros!

Costanilla fué cínico:

—En las faldas de las *gachís* esas *tiés* no sé cuántas *corrías*.

Vencido el futuro héroe, e incapaz *Recortaito* de luchar como no fuese a puñetazos, encamináronse al reservado donde los otros se impacientaban ya.

Sobre el fondo innoble del cuartocho destacábase violentamente la elegancia equívoca de las máscaras.

La primera, Clotilde Simancas. Habíase quitado el negro capuchón que le estorbaba para sus gestos bruscos, rápidos, inarmónicos de golfo, y moldeada en el traje de terciopelo negro, muy ceñido, muy liso, tenía una apostura ambigua de efebo disfrazado de mujer. El pelo corto y rizado, y el cigarrillo que mordía con los dientes blancos y pequeños completaban la ilusión. Frente a ella, y sentada entre Julito y Gregorito Alsina, la *Traviata* mostraba, entre los pliegues de la enorme capucha de seda blanca, la sonrisa enigmática y los cabellos hoscos y dorados. Y por fin, hermética y turbadora, el cuerpo borrado entre los vuelos del enorme manto de *moaré* rosa y el rostro cubierto por un an-

tifaz de felpa negra que sólo dejaba ver el ardor de los negros ojos, otra dama permanecía celosa de su incógnito.

El *Pontífice* hizo de introductor de embajadores:

—El *Recortaito*, un torero muy valiente, que sabe arrimarse; Costanilla, un tío con muchísima gracia; el *Negro*, que trae loquitas a *toas las gachís*, y el *Gitanillo*, un chaval que quiere ser torero...

Desde el fondo del antifaz dos pupilas negras acechaban al chiquillo. De las profundidades del capuchón surgió una mano enguantada de blanco, menuda y frágil como una flor quimérica, que se tendió hacia él, mientras una voz de caricia le interrogaba:

—¿Va usted a ser torero?

—¡Ojalá!—y el futuro héroe ponía un ardor entusiasta en su voto.

Bajo el antifaz de terciopelo la incógnita debió sonreír. Después, con una voz en que había esa ternura casi maternal que ponen algunas grandes amorosas en sus postreras pasiones por los chiquillos, animóle.

—Claro que llegará... Es joven, valiente. Todos le ayudaremos.

Sentáronse. Julito y la Simancas dejaron una silla, intencionadamente, al lado de la máscara para que se instalase el torerillo.

Calabrés había dado un codazo a su amiga mientras, irónico, murmuraba a su oído:

—Muerde, muerde...

La verdad, que la tal cena *castiza*

no era más que una encerrona preparada a la grandísima loca de Magdalena Palmeral. Aquella dichosa duquesa de Palmeral que, a pretexto de la independencia que le daban sus millones y su calidad de americana, no hacía más que acercarse a ellas y rondarles con grandes extremos de simpatía para enterarse de sus cosas, meter la nariz en toda clase de líos, y luego, con grandes aspavientos, hacerse la escandalizada, les ponía nerviosos.

Ahora mismo, mientras *Recortáto*, presumiendo de bruto pedía, sin ganas, *cosas de comer*, Costanilla bebía como una esponja y el *Pontífice* hacía chistes de una chabacanería feroz, la misteriosa tapada prosiguió su palique con el chiquillo:

—¿Y a qué edad empezó a torear?

El *Gitanillo*, llevado de su entusiasmo, comenzó una serie de prolifas explicaciones llenas de giros pintorescos y detalles técnicos. Ella parecía escucharle con gran atención, pero la verdad era que ni se enteraba de nada de lo que decía, absorta en el ardiente fosforecer de las pupilas y en el movimiento de los labios del crío, que a veces se desgarraban sobre los dientes blanquísimos; pero, sobre todo, por los ocultos manejos de su pie que, hartado en tales lides, buscaba el del entusiasta. Al fin, el niño dejóse tentar por la hembra y su mano temblorosa buscó la de ella.

Julito, Gregorio y Clotilde, decididos a despeñar a su amiga por el

precipicio sentimental, hacíanse los locos, gritaban, gesticulaban, reían y entreteníanse en hacer barbarizar a Cipriano y Costanilla y en aplaudir los chistes patibularios del *Pontífice*.

De improviso oyóse la voz del *Gitanillo*, que dominaba la algarabía, con una imploración:

—¡Quítese la careta!

Julito tuvo una sonrisa mefistofélica. ¡Habría que ver la cara que pondría el muchacho ante la jeta desvastada por veinticinco años de éxitos de la buena señora! Además de comprometerse, cosa siempre de estimar, iba a ponerse en ridículo, y aunque el desengaño del chiquillo podría hacer peligrar sus planes, venció en la caritativa intención y

unió sus súplicas a las del otro:

—¡Anda, mujer, no seas tonta! Aquí estamos en confianza y con el calor que hace...

¡Sí que estaría bonita con los defectos causados por el sudor y la careta!

La interesada se resistía:

—No, no; eso por nada.

Clotilde, que sin penetrar del todo la intención malévola de su amigo le seguía, insistió a su vez:

—Mujer, no seas tonta, mira yo. Defendíase la Palmeral.

—Hija, tú eres tú...

Pero el maletilla habíale cogido las manos:

—¡Anda, negra, serrana!...

No supo resistirse, y con un gesto rápido, un si es o no teatral, arran-

cóse la careta. Apareció el rostro desvastado de Magdalena, no el rostro todo nieve y rosas que contemplaban los espectadores de los teatros, no aquella escultura admirable aún, gracias a retoques y revocos, sino un pobre rostro ajado por la noche de juerga, un rostro lívido, manchado de pintura y estimagtizado por el antifaz.

Gitanillo tuvo un movimiento involuntario de repulsa, Julito y la Simancas sonrieron; pero, afortunadamente, antes que todo aquello pudiera cristalizarse en algo definitivo, llegó hasta ellos infernal estrépito.

Gritos, aullidos, golpes, amenazas, imprecaciones, lamentos, ruido de copas y botellas que se rompen...

—¡*Recortaíto!*!...—Y el *Pontífice*, que se había puesto en pie, precipitóse en busca de su amigo que hacía minutos había salido de allí. Siguiéronle todos en loca confusión. Costanilla arrimó un codazo al *Gitanillo*.

—¡Gachó! ¡Te nas puesto las botas!

Pero el otro hizo una mueca de asco.

—¡Es *pior* que si le pillase a uno el tren!

Calabrés al mismo tiempo susurraba al oído de la Simancas:

—¡Picó!

—¡Chico, más que el *Chaño!*

En la taberna, mientras tanto, habíase armado espantosa zalogarda. Mientras las mujeres chillaban

como si las desollasen, y los hombres, con grandes gestos inútiles, amagaban una intervención que no acababan de realizar, divertidos en el fondo por la tragedia, y Facundino, el amo, trataba inútilmente de imponer orden, temeroso de la policía, Fidel zarandeaba a la Flora, profiriendo feroces amenazas y sordas blasfemias.

Rabioso de celos, había aprovechado un momento de distracción en sus amigos para correr a la tienda y ver lo que *aquella* hacía. Como era de suponer, la grandísima tal estaba muy amartelada con el organillero. Verles *Recortatto* y arrojarse como una fiera sobre ellos todo fué uno. Y mientras el chulo desfilaba prudentemente, el ultraja-

do había trincado a la liviana y aporreándole la cabeza contra la pared la escupía al rostro:

—¡Como *sus* vuelva a coger, *sus* mato!

II

El *Recortaito* disponíase a doblar la esquina de la calle de Carretas, cuando sintió que le llamaban. Detuvo el paso y esperó. Pronto reunióse a él Costanilla que, apenas a su lado, le interpretó violentamente:

—Pero, hombre, ¿a dónde vas?

—¡Spch! ¡A un *recao!*

—Pues yo buscándote desde las siete.

Y a la muda interrogación de su amigo:

—¡Ná! Que esas me han *mandao* que vayas a los Gabrieles, que ma-

ñana es la *corría* esa que ha *organizado* la duquesa para que se luzca el *Gitanillo*—y con envidiosa nostalgia:—¡Tío de más suerte!

Fidel no parecía seguir a su amigo por los derroteros de la envidia, sino que, por el contrario, en vez de alegrarse de la noticia de aquella corrida que les caía del cielo, mostrábase inquieto, aburrido.

El maleta no debió darse cuenta del estado de ánimo del otro, pues prosiguió con una serie de ampulosas explicaciones en que loaba y aun exageraba la magnificencia de la taurina fiesta que la duquesa del Palmeral había organizado para lanzar a su amante, a falta de más famoso ruedo, en Viladares, pueblo no muy lejano a Madrid, y encla-

vado en pleno feudo de la dama.

—Va a ser una cosa seria; cinco novillos y picadores. Y luego un merendón hasta allá. Como está *chalá* por el chaval, ha hecho que el Julito *convie* a lo mejor de la afición y van don Procopio, don Filomeno y otros de la Prensa.

Y, como ni por esas estallase el asombro del diestro, insistió en nuevos detalles:

—Los de las cuadrillas se han ido a las diez en el tren y nosotros vamos en el *atomóvil*.

La verdad era, hipérboles aparte, que Magdalena Palmeral, cada día más loca por el torerillo, que le trataba con un sabio desdén, y so color de patrocinar las fiestas del poblachón castellano en que sus vastas

propiedades dábanle una situación privilegiada, había propuesto que en vez de la habitual becerrada para las fiestas, hubiese una verdadera corrida de novillos de que ella sufragaría los gastos. Como no podía dar al incógnito diestrò la exclusiva, y como tampoco quería que otros astros de mayor magnitud le robasen brillo, discurrió, echando mano de las amistades de Julito y la Simancas, arreglar una fiesta con toreros de cierto renombre por haber toreado en las plazas de Carabanchel y Tetuán, pero en el fondo absolutamente fracasados.

Costanilla, un poco sorprendido de la frialdad con que su amigo recibiera las sensacionales noticias, esperaba algo que le iluminase y diese

la clave del misterio. ¿Sería que no le gustaba alternar con el *Gitani-
llo*? ¿Sería que no le parecía bastante las quinientas del ala que para él y su cuadrilla ofrecía la dama? ¿Sería?...

Pero el *Recortaito* no debía de tener muchas ganas de explicaciones por cuanto cortando por losano, y con una voz que no admitía réplica ordenó a su compañero:

—Mira, vete tú allí y di que *aluego* iré yo.

Ya solo, comenzó a subir la calle de Carretas. Iba más despacio, y de vez en cuando se detenía como si vacilase sosteniendo misteriosa lucha consigo mismo. Así era en realidad. De una parte la idea de aquella corrida, una vaga ilusión de gloria

que no acababa de morir nunca y que le hacía soñar con imposibles rehabilitaciones; de otra parte los celos; unos celos salvajes, bárbaros, puramente animales, que poblaban su imaginación de figuras lúbricas, monstruosamente obscenas, produciéndole un dolor de quemadura como si acercasen a sus carnes un hierro candente.

¡La Flora le engañaba! Y en aquella sospecha cruel que le envolvía en un ridículo exasperante y que ponía en peligro su relativo bienestar, le inspiraba una rabia sorda, contenida, violenta. Pero por encima de convencionalismos e intereses, por encima de todo lo que entra en lo relativo, la sensación física, una sensación atroz, punzadora,

cruel, invencible, le perseguía obsesionante. Como en un cinematógrafo de inmunda pornografía, imágenes indecorosas de realismo alucinante, desfilaban por su cerebro. Y veía todos los carnales esplendores de la hembra vibrantes bajo las caricias ardorosas del rival, y la veía arquearse, estremecerse, temblar y desfallecer entre los brazos del Manolo. La rabia le ahogaba; sus fauces se secaban y los dedos crispábanse temblorosos sobre la navaja que llevaba en el bolsillo de la pelliza.

Subía lentamente; los diversos lances de la corrida desfilaban por su memoria. Veía al toro, oía los aplausos, sentía las manos que le alzaban en volandas, mientras los gri-

tos de triunfo saludaban su faena... Pero el paso de una pareja enamorada, el violento olor a patchulí de cualquier trotacalles, borraba súbitamente los cuadros de gloria, y otra vez las imágenes prostibularias le obsesionaban.

En el cruce de la calle de Atocha divisó a la Agamenona que hablaba con un señor viejo y paróse a esperar el final del coloquio. El caballero, un tipo grueso y ordinario, con los dedos cargados de brillantes, hablaba con gran viveza subrayada por fuertes risotadas; la mujer limitábase a escucharle distraídamente, y de vez en cuando encogíase de hombros denegando con la cabeza. Al fin, él se marchó, y en el momento en que la prójima iba a imitar-

le, Fidel la detuvo por un brazo:

—¡Ay! — chilló ella. — Luego, al ver al torero, murmuró: — ¡Hijo, qué susto más grande me has *dao!* — Y con inquieto asombro: — ¿Pero no estás en la cena? ¡Si yo creí que *atoreábais* mañana!

No contestó él directamente, sino que a su vez formuló una pregunta:

—Tengo que decirle dos palabras a la Flora. ¿Tú no sabes dónde para ahora?

La interpelada pareció perpleja. Estaba muy pálida. Un tinte plomizo triunfaba de los afeites; los ojos hundíanse en grandes círculos parduzcos y la boca caída en las comisuras se crispaba con una mueca de atroz amargura. Después de vacilar

un instante dió una explicación confusa:

—Sabes... creo que la han *llamao* de casa de su tía la fiadora que está con un parális... Antes se fué hacia la calle del Pez... Yo no sé...

El torero cortó por lo sano.

—¡No me vengas con cuentos chinos! Tú sabes *mu* bien dónde está... Amos, criatura, no me quieras *engañar*... Dime la verdad, se ha ido con el Manolo, ¿verdad tú?

Protestó ella con viveza denunciadora.

—¡No, no! ¡Por éstas que no es verdad!—y mostraba los dedos en cruz.

Seguro de que no sacaría nada en limpio despidióse.

—¡Ea! ¡Hasta luego!—y echó por

la Concepción Jerónima, abajo.

Ella hizo ademán de correr tras él, pero arrepintiéndose y, fatalista, hizo un ademán de indiferencia ante la posible catástrofe, y siguió su camino murmurando:

—*¡Pa* qué! ¡Yo no lo he de remediar!...

* * *

Fidel llegó a la Plaza del Progreso. La noche primaveral era fría y blanca de una luminosidad de zafiro. Sentados en los bancos ocultos en los boscajes de aquel Pafos canallesco, hampones y meretrices madrigalizaban. Algunas viejas de brujesco pelaje parecían aguardar la hora del aquelarre; mendigos con bizarras indumentas como los que

vemos en los cuadros de Velázquez, descabezaban sueños interrumpidos por los picazones de la miseria y el atenazamiento de las tripas vacías; algunos canes famélicos buscaban la pitanza husmeando los montones de basura. Y por entre los árboles un poco fantasmagórica—para unos el amor; para otros el hambre, o el frío, o la fiebre—la señora luna paseaba los blancos jirones de su traje.

Arrimada a la verja, una vieja había instalado un puesto de te. Era una mujer gorda, fofa, más bien un informe montón de adiposidades envueltas en un mantón de lana. Un pañuelo de algodón negro cubría la cabeza, encuadrando el rostro blanco y mofletudo que unas veces, en cier-

tos momentos de luminosidad, parecía una grotesca caricatura de la luna.

En torno del establecimiento reuníanse dos o tres Venus peseteras, unos cuantos chulos y algunos golfillos.

Fidel acercóse a ellos. Tuvo un gran éxito; las prójimas agraciáronle con sus mejores sonrisas y los chulos, obsequiosos, lanzáronse hasta a ofrecerle pitillos. Aquellos homenajes que en otra ocasión hubieranle halagado, dejáronle frío ahora. Con ansia mal disimulada, interrogó:

—¿Habeis visto por un casual a la Flora?

Hubo un silencio penoso; nadie quería hablar. Por fin la *Chirlo*, una

mujer pequeñita, con la cara cruzada de un navajazo, recuerdo de un amor, y que tenía más bilis que sangre, actuó de Fatalidad.

—¿La Flora?—y con voz irónica silbaba:—Hijo, por la calle de la Encomienda iba ahora mismo la mar de *amartelá* con el Manolo...

No quiso *Recortaito* saber más, y a buen paso lanzóse en busca de la infiel.

Había concluído la función del Teatro Nuevo. Una avalancha de gentes desbordaban sobre la calle e invadía las tabernas y tupis entre gritos, risotadas y discusiones. Por las vías contiguas veíase el inquieto ir y venir de las vestales callejeras que reían, chillaban, se querellaban, llamaban *morenos* a los hombres y

tiraban de la manga a honestos padres de familia con gran escándalo de sus cándidas consortes.

El celoso metióse por la calle de Mesón de Paredes. De un cafetín poblado de sombras inquietantes, surgieron unos borrachos, después dos o tres golfos de los que son satélites de las estrellas coletudas. Uno saludó.

—Adiós, Fidel.

Detúvose el torero.

—¿Has visto a la Flora?

—Por allá abajo iba con el Manolo.

Fidel crispó convulso los dedos sobre la navaja y siguió. Al fin, al doblar la calle del Amparo, divisó a lo lejos una silueta conocida. ¡La Flora! Apresuró el paso y súbita-

mente plantóse ante la pareja, que caminaba lentamente olvidados del mundo en su dulce coloquio.

Aterrados, como si acabasen de ver la cabeza de Medusa, dama y galán quedaron inmóviles. La última palabra de amor apagóse inacabada sobre sus labios, y sus ojos reflejaron el pánico.

Recortaito parado frente a ellos buscaba vanamente una palabra, una injuria, algo horrendo que reflejase todo su odio, toda su ira, todo su desprecio. Pero no encontró nada; las palabras morían en su garganta en un sordo barboteo y su lengua trabábase mientras una cortina roja cubría todas las cosas.

La primera en recobrar el aplomo fué ella, la pérfida. Con una mueca

de desdén cogió el brazo del chulo y tiró de él.

—¡Anda, déjalo, que *sa pasmao*:

De un brinco el ultrajado se interpuso. Sus labios lívidos escupieron una injuria:

—...

Ella rió fustigándole con su ironía grosera, como fustigaría una domadora con un látigo a un animal feroz.

—¡Ay, qué gracia! ¡Hijo, que de ese pan llevas tú mucho *comío!*...

No pudo acabar; un relámpago azul fulguró ante sus ojos y abriendo los brazos y girando rápida, la Flora se desplomó con una puñalada en el pecho.

III

Sin querer, Julito sonrió. ¡Divino! ¡La verdad es que no había como ser cronista de salones para poseer un lente de color de rosa que embelleciese todas las cosas! Leía en los periódicos la reseña de la fiesta celebrada la noche antes en casa de la condesa de Urganda, y ante los hiperbólicos elogios y las descripciones abradacadabrantas, deteníase entre perplejo e irónico, sin acabar de reconocer en aquel palacio de las mil y una noches el viejo caserón de la calle del Grafal, ni en

las suntuosidades que al cronista descubría, los trastos desvencijados que daban a los salones cierto aspecto de saldo o almoneda, ni muchísimo menos aún en el pantagruélico banquete en que el cocinero—¡que más quisiese ella, cocinera y gracias!—de la condesa, parecía por los elogios haber robado todos sus secretos a Brillant Savarin. Y recordaba aquellas perdices que eran *un recuerdo de familia* por lo viejas, secas y acartonadas, y aquel jamón que, más que de York, parecía traído de una tienda de la calle de Toledo, una de esas tiendas arbitrarias en que los comestibles—¡nombre injustamente disfrutado!—pasan años y años para recreo de la vista. Venía luego el desfile de ele-

gancias y bellezas y surgía la de la Campanada, siempre ingeniosa, y la del Solar de las Victorias con la inevitable corona heráldica y la Monreal, siempre bella y juvenil a pesar de sus cincuenta y ocho...

Julito se impacientó. No iban a tenerle allí toda la santa noche esperando a que a ellas les diese la gana de venir...

Al salir del Real, la Palmeral y Clotilde Simancas, habíanse ido a sus casas a quitarse las galas y ponerse los trajes para la excursión que emprenderían a las siete de la mañana.

Tratábase de la corrida de novillos en Viladares del Llano y la grandísima loca de la americana, después de embarcarles y hacer ade-

más que Calabrés invitase a lo más granadito de la afición, empeñábase en irse de madrugada para dirigirlo ella todo, y que cuando los invitados llegasen no encontrasen cosa que no estuviese perfecta. Había hecho la dama los preparativos en grande y sin escatimar gastos para la organización, ni para el arreglo de la plaza, ni para que los toros fuesen buenos... «¡Con tal que no vaya el marido no habrá mansos!»—había dicho, sangriento, Gregorito Alsina.

Julito miró la hora; ¡las dos y media! La verdad que si no fuese por el gustazo de ver desbarrar a su amigo iríase a la cama.

Abrióse la puerta y entró la Agamenona:

—*¡Josús!* Si me había dicho Costanilla que *estáis toos* aquí...

—Pues ya ves... *¿Y la Flora y Recortaíto?*...

—Pues la Flora creo que tenía un quehacer... y Fidel andaba *enloquecido* buscándola...

Otra vez se abrió la puerta; ahora eran ellas; *chics*, resueltas, con un aire decidido de *sportwomans*. De gris claro, traje muy corto, muy liso, muy ceñido, sobre los rizos un fieltro masculino, Clotilde Simancas subrayaba su *allure* varonil. De marrón, elegantísima en una sencillez casi británica, pasada por el tamiz de París, Magdalena, parecía más joven, más esbelta, liberado por un milagro de voluntad, ayudado de sabio artificio, del peso de los

años. Con ellas llegaba Gregorito Alsina, casi tan ambiguo como la Simancas, aunque con una ambigüedad tocada de un vago dejo entre irónico y canallesco.

La primera mirada de la Palmeral fué para buscar a su amor; al no hallarlo allí iba a preguntar por él cuando se abrió por tercera vez la puerta y seguido de Costanilla entró el chiquillo.

Bajito, muy delgado, espigadillo, marcadas las hechuras gitanas en el terno perla, la carita morena, de ese moreno amarillento de los hombres del mediodía, devorada por los ojazos negros, una gorrilla chula, ladeada sobre la oreja y un pañuelo de seda blanca atado al cuello, tenía una apostura graciosa de niño torero.

La enamorada le acogió con la más dulce de sus sonrisas, mientras los otros, discretos, hacíanle sitio a su lado. La Simancas interrogó:

—¿Y *Recortaíto*?

Habló Costanilla:

—Ya le vi yo en la calle Carretas y le dije que se viniese *pa* acá... Dijo que *aluego* vendría...

Intervino la Agamenona:

—Es que andaba buscando a la Flora que se las había *pirao* con el Manolo...

Julito cortó la historia.

—Ya vendrán... Ahora a cenar... No es cosa de que por ellos...

.....

Acababa la cena. En el cuarto, la fantástica azotea sevillana, donde como en la convencionalidad de un

jardín nipón todo era minúsculo, cercano, sin proporciones ni perspectivas, y en que no se podía sacar la cabeza por el parapeto sin tropezar con la Giralda, ni tender la mano sin detener el curso del Guadalquivir, hacía un calor atroz agravado por la densa nube de humo y los olores a comida.

La Simancas quejóse por centésima vez:

—¡Qué calor!

Entreteníase la dama en chismorrear con Julito, mientras la americana no tenía ojos ni oídos más que para su torero; Costanilla, ya un poco aturdido, trasegaba copa tras copa y la Agamenona silenciosa y sombría permanecía muda e indiferente, tal esas heroínas de trage-

dia antigua anonadadas por el Destino.

Como siempre que hay que contarle, el tiempo hacíase interminable. Cuando es preciso encerrar el placer o la diversión en los límites de las horas, éstas parecen escapársenos, escurrirse, huir con una celeridad vertiginosa. En cambio, cuando queremos que nuestro goce se prolongue hasta vadear un espacio determinado, mientras la alegría se acaba, los minutos se arrastran trabajosamente, se alargan, se eternizan,

Realmente, el único que parecía feliz, el único que emborrachado con sus ilusiones hablaba, hacía planes, lanzaba bravatas, era el *Gitanillo*.

Inútil que Magdalena, loca de amor, se empeñase en llevarle al terreno sentimental, el torerillo escapábase por la tangente, volvía a hablar de toros, de lo que él iba a hacer y acontecer... Enloquecido por el entusiasmo formuló una promesa temeraria:

—¡Hoy le corto la oreja a mis tres toros y se las regalo *aluego!*

La Palmeral sonrió beatífica como si acabasen de ofrecerle la banda de María Luisa, mientras Julito murmuraba, mordaz, al oído de Clotilde:

—¡Como no le dé más que la oreja está aviada!

A pesar de las persianas, por la ventana deslizábase lívida la claridad del amanecer. La Palmeral miró el reloj:

—¡Las seis y veinte!... ¿Pero y *Recortaito*?—murmuró inquieta. Y como nadie contestase encaróse con Costanilla.

—Va a haber que ir a buscar a ese hombre.

—¿Y *aonde*?—y el chulo con los ojos abotargados por el vino, la miraba estúpidamente.

El mozo se asomó a la puerta para avisar:

—Que están los automóviles.

La duquesa, nerviosa, inquietísima, parecía perpleja:

—¿Y qué vamos a hacer? De aquí a Vilares hay cuatro horas, y los que van en el tren llegan a las once...

—¡Ahí viene! — anunció Gregorito.

Hubo un silencio en que todos es-

peraron anhelantes. Oíanse pasos rápidos, sonoros, firmes, que se acercaban, y de improviso la puerta abrióse con violencia, y en vez de Fidel, apareció en el dintel el *Negro*, el rostro descompuesto, muy pálido, cubierta la frente de sudor y los ojos desencajados.

Curiosos se volvieron a él:

—¿Qué pasa?

—¿Qué ha sucedido?

—¿Una desgracia?

—¿*Recortaito*?

Con voz alterada anunció el emisario:

—¡Fidel, le ha *dao* una *puñalá* a la Flora y lo han *cogío* preso!

Después dejóse caer en una silla y enjugóse la frente con el dorso de la mano.

IV

Ya solos, el *Negro* y la Agamenona comentaron los infortunios de la Flora.

—¡*Miá* tú que es mala sombra! ¡*Mismamente* la cara atravesá de parte a parte! —comenzó a explicar el chulo.

—¡Y cómo va a quedar *pa* el oficio! —plañió la ramera.

—¡Figúrate! ¡Hecha un *Eccehomo!*

El *Negro*, instalado ante la mesa devoraba los restos fríos de la cena con un hambre canina. La Agamenona sentada en un rincón perma-

necía sombría, arrebujaada en su mantón, como si pese a la tibia atmósfera que reinaba en el cuarto, tuviese frío.

En la artificiosa alegría del reservado, en la reverberadora luminosidad de aquella convencional terraza sevillana desde la que se veía la Torre del Oro y la Giralda y la plateada cinta del Guadalquivir, el aspecto del hampón y de la furcia era aún más lamentable, más miserable, casi trágico.

Durante un rato sólo oyóse el mascar del chulo. Luego la voz de éste formuló:

—¡Es el aquel de la suerte de cada uno!

—¡Mucho!—La Agamenona parecía anonadada por un oscuro fata-

lismo. En la concisión casi espartana de sus respuestas había un dejo de amargura infinita como si la desdichada suerte de su compañera la hubiese vencido.

El galán sentenció:

—¡Vaya una vidita!

—¡Muy perra!—afirmó ella. Y animándose:—Pasar privaciones y fatigas y *aluego* de postre, la cárcel o el hospital.

Hubo una pausa. La hembra, cada vez más reconcentrada y tenebrosa, parecía seguir un oculto pensamiento. El había vaciado sus bolsillos, y con los restos de tabaco, trabajosamente reunidos, liaba un cigarro. Al fin, encendido, aspiró con fruición el humo y habló luego con rabia:

—¡Si *too* es el aquel del sino de *ca* uno! ¡Unos nacen con estrella y otros nacen *estrellaos*!

—¡Verdad que sí!—corroboró ella. Luego, añadió, fatalista:—Y algunos parece talmente que nos han *echao* un mal querer.

—En cambio, otros—afirmó él con secreta pena—parece que han nacido de pie. Ahí *tiés* al *Gitanillo*.

—Eso, no —rectificó la prójima con noble imparcialidad.—Es que también él ha *sabío* resistir, porque si quisiese, cargao de brillantes lo íbamos a ver... Lo que es que *aluego*...

Como un Confucio de la calle de Amaniel sentenció él:

—¡Bah! ¡*Pa* lo que ha de durar la vida, más nos vale gozar ahora!...

Sobre que el día menos *pensao* nos da un toro una *corná* o nos pilla un *atomóvil*...

Rivalizó la pelinduzca en filosofía con su galán:

—La felicidad es como una peseta, si te la gastas *toa* por la mañana no te queda *na pa* el anochecer...

Un nuevo silencio pesó sobre ellos. Al fin reanudó él:

—*¡Miá* tú que son bemoles eso de no poder disfrutar nunca del aquel del momento y tener que estar siempre pensando en el después!

—Sí, que es triste... Y no poder querer a nadie, y no poder buscar arrimo, y después de andar *helá* de un *lao pa* otro tener que volverse sola a casa y entrar en el cuarto tan triste, y meterse en la cama y no

tener quien te quiera y quien te haga olvidar, y quien te consuele y quien te haga ver que no andas por el mundo como una perra sin amo...

La voz de la trotacalles bañábase en un misterioso llanto. Un dolor agrio, duro, cruel, parecía desgarrarla interiormente, y sus palabras sonaban como el eco de esas desgarraduras. Una pena secreta, hecha de hiel, echaba un reflejo lívido sobre sus razones y toda la inmensa crueldad de su vida de mercenaria caía como amargas gotas en cada una de sus palabras.

—Sí que es triste— corroboró él con menos convicción.

La verdad que la vida no era ningún plato de gusto, pero tampoco valía la pena tomarlo tan a pechos.

Él, más inconsciente, teniendo la tripa llena y no sintiendo el frío, olvidaba mucho de lo sufrido antes y no pensaba en lo que aún le quedaba por sufrir. Sin embargo, creyó que las circunstancias le imponían una melancolía interesante y repitió con dejo de nostalgia:

—Sí que es triste no poder querer...—Después, más insinuante:—También es porque a ti te falta la voluntad, porque lo que es hombres...

La hetaira pareció presa de súbito furor, como si acabasen de dirigirle la peor de las injurias.

—¡Los hombres son *toos* unos cochinos, unos cerdos, hijos de mala madre! ¡Ay! ¡mal rayo les parta a *toos*! ¡Lástima que el rey Herodes no se los llevase por delante sin

dejar ni uno! ¡Lástima que Dios no los convirtiese en cucarachas *pa* pisotearlos, *pa* andar encima de ellos!

El chulo dejó pasar la avalancha. ¡Sí que se ponía guapa la Agamenona cuando se enfadaba! ¿Dónde había visto una cara así?... En una estampa había de ser, en una de esas estampas que pintan santas o reinas o no sé qué tías de la antigüedad...

Con nervioso gesto había ella dejado resbalar el mantón, y sus dedos temblorosos de ira anudaban y desanudaban el pañuelo de seda en torno al cuello, mientras sus pies taco-neaban.

Su interlocutor esperó que cesase el vendaval; después acercó una silla a la de la iracunda beldad, apoyó sus brazos en el respaldo, el ros-

tro en las palmas de las manos, y clavando en ella las sombrías pupilas envolviola en una mirada de pasión.

—Mira, negra; también es que tú no quieres, porque si tú quisieses sé yo de uno que iba a perder la *chola* por tus pedazos.

Rechazó airada:

—¡Que no me hables así!... ¡Mira que no estoy *pa cobas* y que vamos a perder las amistades!

Él insistió.

—¿Por qué, chula?... ¿Y si te quiero?

Tornó a enfurecerse:

—¡Querer! ¡Ja! ¡ja! ¡Me río yo de los quererres que tenéis vosotros!

El *Negro* habíase puesto de pie. Parecía nervioso, inquieto, como si

meditase una fechoría. Dió algunos pasos por el cuarto y disimuladamente acercóse a la puerta y echó el pestillo sin que ella lo notase. Luego vació en un vaso todo lo que de vino o de licor quedaba en el fondo de las botellas, y se lo bebió de un trago para cobrar valor, y hecho esto volvió a sentarse junto a la prójima.

—Mira, chavala — comenzó con voz pastosa, en que temblaba el deseo como tiembla un reptil en el fondo de un estanque, — si tú quisieses te iba yo a querer más... Ya sé que estás *desengañá*, yo también lo estoy, pero en cuantito que estuvieses *arrimá* a mí ibas a saber lo que es querer por lo fino.

Ella le escuchaba indiferente, in-

mutable al parecer, con una mueca de desdén en la boca; un poco caída en las comisuras. Estaba pálida; anchos círculos azulados cernían las pupilas en que había un extraño cansancio.

El galán continuaba arrimándose; había bajado la voz y murmuraba casi a su oído palabras de pasión. Una de sus manos, audaz, intentó no sé qué exploraciones, ella rechazóle violentamente.

—¡Te estás quieto o me voy!

Contuvo sus ímpetus y siguió hablando. Sus palabras se ahogaban en un ansia brutal de posesión, y sus ojos fijos sobre la hembra relampagueaban.

La Agamenona, indiferente, yerta, permanecía hosca y muda como

si no oyese, sumida en el sombrío pozo de aquel misterioso dolor. De vez en cuando una mueca de impaciencia crispaba su cara, o sus dedos esquivaban un gesto. Al fin murmuró con despego:

—¡*Amos*, déjame ya de murgas!

Él imploró:

—¡Que no, negra, que no! ¡Que te quiero!

«¡Que te quise y que te quiero!»

canturreó ella con ironía rabiosa.

Él tornó a repetir:

—¡Que te quiero!

No sé qué extraño timbre había en la garganta del macho, que la mujer alzó la cabeza y le miró. Tuvo miedo. Intentó levantarse del asiento con un gesto sobresaltado de ali-

maña feroz sorprendida en el bosque, pero él, trincándola por un brazo obligóla a estarse quieta.

—¡No te vayas, negra!

Resignóse, tratando de domarle a fuerza de serenidad.

—¡No seas bruto, tú, que me haces daño!

—Pues, quédate.

—Vaya, ya está, pero a ver si va a poder ser que hablemos como hablan las personas.

Él se excusó:

—Ha *sío* un pronto, pero es que te quiero, y cuando estoy a tu vera me ciego.

Después siguió hablando. Sus palabras eran incoherentes; su voz, cada vez más confusa, un poco trabada, con extrañas discordancias.

La Agamenona no se atrevía a mirarle cara a cara. Al fin, en un momento en que la voz pareció serenarse, aventuróse a espiarle con el rabillo del ojo. Sintió miedo otra vez. Tenía el rostro muy rojo y le temblaban las manos. Por sus ojos cruzaban llamaradas de un deseo exasperado hasta la vesania. La hembra se puso en pie.

—Me voy.

—¡Nena! ¡negra!

Ella intentaba aprovechar la sorpresa para ganar la puerta. De un salto, el chulo, se interpuso. Ella conminó:

—¡Déjame salir!

Trató de convencerla:

—Anda, gitana, chula, ¿qué te pasa?

—¡Que me dejes!

Él interrogó con una interrogación que era una súplica:

—¿Pero, por qué no quieres hoy?

—Porque no—y volvió a intentar pasar. Pero el *Negro*, rápido, ciego, brutal, cayó sobre ella y la estrechó entre sus brazos. La mujer se defendía, primero suavemente, después airada. Con sutileza de gato y energía de pantera trataba de romper el anillo de hierro, pero los brazos la estrechaban mientras los labios jadeantes del hombre buscaban sus labios. Furiosa, exasperada, debatíase desesperadamente en su prisión, escupiendo al rostro del sátiro atroces injurias.

—¡Canalla! ¡gorrino! ¡ladrón!
¡hijo de púa!

Ciego y sordo, la estrechaba ansiosamente. Ella golpeóle el rostro; sus uñas claváronse en la nuca del forzador; pero los golpes, en vez de hacerle soltar, le enardecían; al fin encontró los labios y los besó ávidamente. La bravia morrióle hasta hacerle sangre. Ahora sentía la boca inundada de un sabor acre y tibio y una inmensa debilidad le impulsaba a entregarse. Las manos de él ávidas y torpes rasgaban telas, saltaban botones, rompían corchetes, mientras los cabellos de la pecadora, destrenzados, le formaban un manto. Al fin, no pudo más, y rodaron por tierra, donde, entre zarpazos de fiera y atroces denuestos, se entregó.

Caída en un rincón, lloraba desesperadamente, mientras intentaba restaurar los desperfectos de su traje.

El *Negro* limpiábase con una servilleta empapada en agua la boca desgarrada por los dientes de la mujer.

Ella gemía siempre quedamente. De pronto se irguió, y fatídica, inexorable, fulminó con voz sombría, mientras sus ojos tenían una fijeza profética:

—¡Anda, que ya vas bien *servío* ¡Ya tienes *pa* rato! ¡No te faltará sarna que rascar!

V

—¡Bravo!

—¡Olé!

—¡Viva tu madre!

El par de banderillas había sido estupendo, sencillamente estupendo, así se lo declaraba don Rufino Pasadizo, el gran crítico taurino, a Julito Calabrés, sentado a su lado.

El chiquillo cogió otro par, citó al toro, esperó a pie firme, y quebrando la cintura al embestir el bruto, dejó un nuevo par magnífico.

Le ovacionaron. Don Marcos, el alcalde, queriendo ser fino, inclinóse

hacia la Palmeral, sentada a su lado en el balcón principal del Ayuntamiento, y afirmó muy serio:

— ¡ Es un monstruo ! — Después, arrimando el ascua a su sardina, como vulgarmente se dice, insinuó: — No dirá la señora duquesa que no hemos sacado partido de las cosas... — y meloso: — Si la señora no nos retira su ayuda, el año que viene nos lanzamos a hacer una placita...

La Palmeral, sonrió. Oía las palabras de la *primera autoridad municipal* como quien oye el mosconeado de un insecto pesado a quien no hay manera de hacer callar, y mientras, con sus cinco sentidos, seguía las peripecias de la lidia.

El cuadro era pintoresco, lleno de

luz y de color. Cielo añil. A un lado la vetusta iglesia de Nuestra Señora de las Angustias y San Rafael alzaba su cuadrada torre; al otro el Ayuntamiento, con la fachada pintada de rojo y balconajes de hierro; completaban la plaza el «Parador de la Rita» y el convento de Santa Dorotea con las rejas colgadas de viejos damascos litúrgicos que servían para adornar la capilla del Santísimo. En los balcones de la Casa Consistorial, lo más granadito del pueblo; *la del notario*, la señora y las hijas del médico, la viuda de Chicharrón, el rico propietario, *las del estanco*, la de don Rufo, el registrador de la Propiedad; un triunfo de elegancias, en que dominaban los medios tonos, el rosa, el malva, el

mirto, el gris; algún sombrero, alguna mantilla blanca...

En las graderías que se tendían ante los demás edificios, el populacho, gritando, coceando, relinchando se apiñaba jadeante, sudoroso, ebrio de vino y de brutalidad. Percalinas rojas y gualdas, banderolas; ante el camino real, formando una barrera, tablones pintados de rojo y engalanado con hórridas flores de papel. Y detrás de la línea detonante, sobre el fondo añil del cielo y el ocre de los campos, la plebe, un iris bárbaro rojo, verde, amarillo, azul; hombres morenos, atezados, en mangas de camisa, con el sombrero echado a la nuca y el pelo pegado a las sienes por el sudor, y mujeres vestidas de colorines chillones, con

refajos violentos y pañuelos floridos de monstruosos floripondios. Allí, aglomerados, incrustados unos en otros, exhalando un vaho irresistible de bestias sucias y excitadas, se empujaban, se prensaban, embutíanse sus cuerpos entre grandes risotadas. Las manos de los jayanes violaban las bárbaras hembras que, acostumbradas a darse como faunas en pleno sol, entre los trigales de oro, o en el verde lecho de los viñedos, desfallecían de deseo ante la sangre y la emoción del espectáculo.

En el ruedo, bajo el fuego solar, los dorados de los trajes, tocados de una magia de luz, chisporroteaban sobre el coral, el esmeralda o el amatista de las sedas, mientras el

toro, desgarrado, manchado de sangre, de estiércol y de barro, acribillado de banderillas y arrastrando prendido a un cuerno un trozo de capote, daba locas embestidas.

Era un bicho de extraña fiereza, digno de mejor suerte. La estampa bonita, agujas muy finas, bravo, codicioso, había tumbado dos caballos, que yacían en la arena, despanzurrados en una feroz carnicería, sobre la que empezaban a zumbar los moscones.

El *Gitanillo* mostrábase valiente hasta la temeridad. La ausencia de *Recortaíto*, la imposibilidad de sustituirle a aquellas horas, habíale dejado a él dueño del cotarro. Hasta ahora iba bien; los tres primeros toros habían muerto, no de un modo

maravilloso, pero en fin, pasable. En capa y banderillas había estado mejor, y como los bichos no eran muy grandes y su voluntad en cambio mucha, había ganado infinidad de aplausos. Pero aquel toro era otra cosa; al verlo salir *Gitanillo* tuvo la corazonada de que allí estaba o el Hospital o la Gloria. El bruto era mayor que él. Aun empinándose en las puntas de los pies llegaría difícilmente con la espada al morrillo. Sin embargo, en lances y en banderillas nadie había tenido nada que decir, justamente acababa de colgar el último par y sonaban palmas.

En el balcón, la alcaldesa, se desvivía por obsequiar a aquellas damas, muy hueca de alternar ella, la

hija del tío Jeromo, con las señoras de la aristocracia. Con una bandeja de mantecadas en una mano y una de copas de Jerez en la otra, haciendo equilibrios para no pisar el traje de gro corinto con abalorios que ostentaba, y muy incómoda en el corsé que aprisionaba sus carnes, dirigióse a Clotilde Simancas:

—¿No quiere usted una mantecada? Son frescas...

Pero no la oían. De improvviso todo el mundo se había puesto de pie; un griterío ensordecedor se alzaba de la multitud; chillidos, injurias, lamentos, imprecaciones...

¡La catástrofe!

Mientras *Gitanillo* cogía los trastos de matar, el toro, muy entero aún, había embestido la pseudo-ba-

rrera que separaba la plaza del camino real. Como era cosa liviana, hecha de percalinas y tablones viejos, a la primera arremetida vino todo abajo con gran estrépito, mientras el pueblo horrorizado emprendía la fuga. Extrañado de la facilidad con que aquel obstáculo que parecía enorme se hundiera, la fiera había retrocedido y escarbaba la arena con la pezuña, mirando receloso y resoplando de ira. Dió una pequeña embestida, y desconcertado por el polícrono revuelo de las sayas femeniles y por los chaquetones sombríos que tremolaban los mozos, volvió a detenerse. Las paletas, con sus faldas multicolores y sus pañuelos de colorines corrían en pleno sol; los mozos más osados azuzaban al

toro. Al fin éste, decidido a embestir, bajó la testuz y...

—¡Eh! ¡toro!

El *Gitanillo* había cogido el estoque, y sin muleta ni nada citaba a la fiera. Todo rojo y oro, en un serpenteo de luces, erguía en pleno sol, heroico como el arcángel de un culto primitivo y bárbaro.

—¡Eh! ¡toro!

Don Rufino Panadizo se encaró con Julito.

—¡Eso es un suicidio! ¡Ni siquiera llega al morrillo!

Las damas, en pie, las manos crispadas sobre el barandal, gritaban horrorizadas:

—¡No!, ¡no!

La Palmeral habíase cubierto los ojos

El toro dió un bote y arrancó. Como por acto de magia el chiquillo pareció crecer, hacerse alto, fuerte, enorme, y empujado por su mano férrea, el estoque hundióse hásta la cruz, mientras toro y torero rodaban por el suelo.



La luna, como un esquife de plata, bogaba entre arrecifes de diamante por el sereno lago del cielo.

Por la carretera polvorienta alejábanse los últimos automóviles con algunos rezagados asistentes a la fiesta que volvían a Madrid a proclamar la gloria del héroe. Clotilde y Julito (que al igual de Magdalena y el *Gitanillo* habíanse quedado a

pasar la noche allí) después de ver desaparecer los coches penetraron en el zaguán húmedo y frío del enorme caserón, con honores de palacio, que formaba el centro del feudo. Lentamente subieron la escalera de piedra, y ya en el primer piso, detuviéronse ante un balcón abierto sobre el campo.

Atardecía; las lomas grises, pardas, ocres o amarillas extendíanse en el horizonte hasta el infinito. El cielo blanquecino cubría los campos como una enorme campana de cristal. La torre de la iglesia alzábase única en la llanura sin fin, y en torno a ella agrupábanse las miserables casuchas del lugar.

Clotilde murmuró:

—¡Qué tristeza!

Julito creyóse en el caso de proponer:

—Vamos a buscar a Magdalena...

Cruzaron los enormes salones vacíos y llegaron por fin al cuarto de la dama en el momento en que ésta, con un gesto de pasión, abría los brazos al torero y él se precipitaba en ellos como podría arrojarse de cabeza al río.

La Simancas murmuró:

—¡Atiza! ¡Pobre chico, ahora las paga todas juntas!

Julito sentencioso, medio en serio, medio en broma, dogmatizó:

—No hay nada más caro que la gloria. La pagamos con nuestra juventud, con nuestra alegría, con nuestra vida toda... ¡Y ese es el abrazo de la gloria!

EPÍLOGO

Aburrido por la interminable espera, el *Pontífice* compró un periódico y, a pesar de que el sitio (la esquina de la calle de la Montera y la Puerta del Sol), con el incesante ir y venir de la multitud dominguera no era el más a propósito para la lectura, apoyóse cachazudamente en un farol y dispúsose a no moverse de allí hasta que el desfile comenzase.

Día de toros. El *Pontífice* no había ido. ¿Ya para qué? Ver una corrida desde el tendido tenía para él una

melancolía llena de nostalgias; era evocar tantos ensueños rotos, tantas ilusiones muertas, tantos entusiasmos que se habían ido para no volver, que no se sentía con fuerzas para ello. Como esos viejos soldados que tuvieron una hora de triunfo en un campo de batalla y que, retirados en un rincón, viven trabajando la tierra rodeados del ingenuo respeto de los lugareños y que, de vez en cuando, en la cocina familiar, dogmatizan creyéndose aún héroes, porque lo son a los ojos de unos cuantos cándidos pueblerinos, así el *Pontífice* dormitaba en la atmósfera de elogios que hacían en derredor suyo algunos, pocos, amigos. Ante ellos ponía cátedra, discutía suertes y lances que no había

visto, decía *lo que él hubiera hecho*, y sin engañar a nadie, se engañaba a sí mismo. Pero ir a la Plaza, no. Allí, sin poderlo remediar, dábase cuenta de su fracaso, sentía invencibles deseos de volver ¡y sabía que no volvería nunca, que lo irremediable estaba hecho!

Abrió el periódico y sus ojos tropezaron con un cuadro de horror. En la calle de Segovia, bajo la aérea elegancia del Viaducto, yacía caído en el suelo, sobre un gran charco de sangre el cadáver de una mujer. Tenía el cráneo destrozado por el golpe, pero el rostro conservaba sus facciones intactas. ¡La Agame nona! El *Pontífice* la reconoció en seguida. Debajo un letrero rezaba: «Suicidio de una desgraciada». El

hambre, la enfermedad y la miseria habíanla arrojado en la muerte.

¡La Muerte! El *Pontífice* la conocía. Ella, con su mano helada, habíale apartado del camino de la gloria; ella, surgiendo en las horas supremas junto al toro, habíale obligado a cerrar los ojos y a echarse fuera; ella, con su sonrisa atrozmente sarcástica, le había hecho cobarde.

¡La Muerte! Figurábasela con sudario y calavera, como se representa en los grabados vulgares.

De pronto se estremeció creyéndose víctima de una alucinación. ¡Allí estaba a su lado en pleno sol, en medio de la calle madrileña! Dominándose, miró bien; era el *Negro*, pero no el chulo pinturero y jaca-

randoso que conociera antaño, sino una caricatura atrozmente macabra en que había puesto sus manos moldeadoras la Misteriosa. Delgadísimo, esquelético, cubierto de harapos, de los andrajos malolientes surgía el cráneo pelado bajo la boina mugrienta. Estaba lívido, y en el rostro lleno de oquedades la nariz medio comida por la enfermedad era repulsiva. El labio superior, crispado por una llaga, mostraba los dientes amarillos de cadáver, en una sonrisa de horrendo sarcasmo, y en las cuencas negruzcas dos ojos atrozmente tristes miraban con infinita angustia. Un violento olor a yodoformo hacía le aún más repulsivo.

El fantasma murmuró:

—¿No me conoces ya?

La voz era doliente, llena de angustia. El esfuerzo para hablar tenía el cuello, haciendo destacar su delgadez de ultratumba.

El *Pontífice* dominó su primer impulso de repulsión y, buen chico, sonrió.

—¿De dónde sales?

—Del Hospital.

Hubo una pausa helada; luego el chulo habló con rabia:

—Sabes... la Agamenona... ¡mal-dita sea!

El otro le mostró el periódico.

—Mira.

Por los ojos tristes pasó una sombra de pavora. Al fin para olvidar interrogó:

—¿Y *Recortaito*, salió ya?

—¡A Ocaña por cinco años!

Una nueva pausa puso aún más tristeza en su conversación. Al fin el *Pontífice* murmuró:

—Qué, ¿te ha hecho impresión lo de la Agamenona?

El *Negro* encogióse de hombros.

—No es eso, es que tengo frío, frío siempre... mira que ahora está hermoso ¿eh?... ¡pues estoy tiritando!

Ciertamente que aquel ambulante cadáver era un atroz sarcasmo en la luminosa magnificencia del atardecer primaveral.

Sobre el cielo cobalto algunas nubecillas de púrpura y de oro flotaban vagorosas como si Apolo al precipitarse en el ocaso hubiese dejado jirones de su manto enredados en los zarzales del jardín azul. Un pol-

villo sutil envolvía en dorada bruma la ciudad; gritos, pregones de vendedores, risas, formaban loca algarrabía; en las aceras prensábase la multitud, desbordándose sobre el arroyo donde se confundía con el río de coches que bajaban de la Plaza.

El *Pontífice* compró un *extraordinario* taurino; leyó: «El triunfo de el *Gitanillo*». «Una futura gloria del toreo». «El torero del porvenir»...

El público aglomerábase ante los transparentes de *La Correspondencia*, que anunciaban la victoria del nuevo ídolo. En los coches, arrastrados por soberbios caballos, en los potentes autos, mujeres hermosas, vestidas con fantásticos atavíos, parecían sonreír aún a *la faena* del

héroe; aficionados discutían acaloradamente loando con hipérbole el valor y habilidad del muchacho.

El *Negro* murmuró con secreta pena:

—¡Ya ves como alguno llega!

El *Pontífice* sentenció:

—¡Son tan pocos! *Pa* uno que toma la alternativa hay muchos que se mueren de hambre y unos cuantos en presidio o en el hospital...

Tuvieron que echarse a un lado. En un relámpago de oro, de seda y pedrerías, entre los locos victoreos de los golfos que seguían al coche aclamando al vencedor, pasó el *Gitanillo* en un automóvil entre dos caballeros. Desde una victoria la Palmeral y Clotilde Simancas le saludaron con grandes extremos.

El *Pontífice* gritó:

—¡Adiós *chavó!*

Ni les vió. Sonreía orgulloso y pueril como un conquistador niño. Y pronto el auto, girando, fuese por la calle del Carmen.

El *Negro* murmuró:

—Es el aquel del sino de las gentes...

Después, él y el *Pontífice*, perdieronse entre la multitud, camino de *La Afición*, donde el vino les guardaba el secreto del olvido.

FIN

BIBLIOTECA HISPANIA

OBRAS PUBLICADAS

COLECCIÓN HISPANO-AMERICANA

Pesetas

- Primera parte de la Historia del Perú*,
por Diego Fernández, el Palentino, to-
mos I y II, cada volumen en 4.º 7,50
- Corona Mexicana.—Historia de los Mote-
zumas*, por el P. Diego Luis de Motezu-
ma, en 4.º, 512 páginas 7,50

COLECCIÓN ROSA PARA LAS FAMILIAS

- Genoveva*, novela, por Alfonso de Lamar-
tine, 378 páginas en 8.º 3,00
- La Leyenda Dorada*, (Vidas de Santos),
por Jacobo de Voragine, tomos I y II,
cada volumen 3,00

SECCIÓN GENERAL

<i>Lámparas votivas</i> , poesías, por Francisco Villaespesa.....	3,00
<i>Como buitres...</i> , por Manuel Linares Rivas	3,00
<i>La fuerza del mal</i> , por Manuel Linares Rivas	3,50
<i>Obras completas</i> , por Manuel Linares Rivas.—Tomo I: <i>La Cizaña, Aire de guerra, Porque sí</i> .—Tomo II: <i>El abolengo, María Victoria, Lo posible</i> .—Tomo III: <i>La estirpe de Júpiter, Cuando ellas quieren...</i> , <i>En cuarto creciente</i> .—Tomo IV: <i>La divina palabra, Bodas de plata</i> .—Tomo V: <i>Añoranzas, El idolo, Clavito</i> , cada tomo.....	3,50
<i>Tapices viejos</i> , por Eduardo Marquina...	3,50
<i>Frente al mar</i> , por José López Pinillos (Parmeno).....	3,00
<i>Coplas</i> , por Luis de Tapia.....	2,50
<i>Don José de Espronceda: su época, su vida y sus obras</i> , por José Cascales Muñoz	4,00
<i>La Política de Capa y Espada</i> , por Eugenio Sellés.....	5,00
<i>La Negra</i> , por Pedro de Répide.....	1,00
<i>El horror de morir</i> , por Antonio de Hoyos y Vinent	1,00
<i>La Garra</i> (segunda edición), por Manuel Linares Rivas	3,00
<i>Barrio Latino</i> , por Federico García San- chíz	3,00

<i>La espuma del champagne</i> , por Manuel Linares Rivas	3,50
<i>La guerra palpitante</i>	3,00
<i>Una mancha de sangre</i> , por Joaquín Belda	1,50
<i>El Monstruo</i> , por Antonio de Hoyos y Vinent	3,00
<i>La Cocina racional</i> , por Magdalena S. Fuentes	3,00
<i>Mi Venus</i> , por Joaquín Dicenta	1,00
<i>Fantasmas</i> , por Manuel Linares Rivas...	3,00
<i>Fatal dilema</i> , por Abel Botelho, tomos I y II, cada volumen	2,50
<i>Años de miseria y de risa</i> , por Eduardo Zamacois	3,50
<i>Presentimiento</i> , por Eduardo Zamacois..	1,50
<i>La Leona de Castilla</i> , por Francisco Villaespesa	3,50
<i>El paraíso de los solteros</i> , por Andrés González-Blanco	1,00
<i>Al son de la guitarra</i> , por Federico García Sanchíz	2,00
<i>Toninadas</i> , por Manuel Linares Rivas...	3,50
<i>Una vida ejemplar</i> , por Diego San José..	1,50
<i>La enemiga</i> , por Darío Nicodemi	3,50
<i>El oscuro dominio</i> , por Antonio de Hoyos y Vinent	1,00
<i>En camisa rosa</i> , por Felipe Trigo	3,50
<i>El crimen de Avellaneda</i> , por Atanasio Rivero	3,50
<i>Al margen de la vida</i> , por Baldomero Argente	2,00
<i>Rosalía Castro</i> , por Augusto González Besada	2,50

<i>Más chulo que un ocho</i> (segunda edición), por Joaquín Belda.....	1,00
<i>Los cascabeles de Madama Locura</i> , por Antonio de Hoyos y Vinent	3,50
<i>Los Lázaros</i> , por Abel Botelho.....	3,50
<i>Las noches del Botánico</i> , por Joaquín Belda	2,00
<i>Como hormigas...</i> , por Manuel Linares Rivas.....	3,50
<i>El caso clínico</i> , por Antonio de Hoyos y Vinent	0,95
<i>Jesús que vuelve</i> , por Ángel Guimerá... ..	3,50
<i>La mujer española</i> , por S. y J. Álvarez Quintero.....	1,00
<i>La Procesión del Santo Entierro</i> , por An- tonio de Hoyos y Vinent.....	0,95
<i>La Providencia al quite</i> , por Eugenio Noel.....	3,50
<i>Terra incognita</i> , por el Marqués de Cor- tina.....	1,50
<i>Memorias de un suicida</i> , por Joaquín Belda.....	2,00
<i>Campoamoriana</i> , por A. Ferreira d'Al- meida.....	1,50
<i>Las chicas de Terpsicore</i> , por Joaquín Belda.....	3,50
<i>Los toreros de invierno</i> , por Antonio de Hoyos y Vinent	0,95



181096

LS.

H8687

Author Hoyos y Vinent, Antonio de, marqués de Vinent t

Title Los Toreros de Invierno.

DATE

NAME OF BORROWER

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

